

EL HOMBRE QUE SE CONQUISTÓ A SÍ MISMO

Con el fin de evitar que resurja de sus cenizas y vuelva a las andadas, no mencionaré el nombre y apellido del protagonista. Simplemente utilizaré la letra V para referirme a él. Haré un recorrido por las diferentes etapas de su existencia para que el lector pueda conocer con mayor precisión la evolución de este personaje.

INFANCIA

V no nació ni gordo, ni flaco, ni rubio, ni moreno, ni alto ni bajo. No destacaba en nada, como probablemente a él le hubiera gustado si nos atenemos a cómo se desarrolló su trayectoria vital. En todo caso, no se le podía encasillar como un bebé del montón, ya que las medidas de su diámetro craneal eran algo superiores a la media. La madre no lo pasó muy bien en el parto. El neonato, nada más salir de la vagina con ayuda del fórceps, se empeñó en regresar a su estado anterior. Algunos de sus biógrafos sostienen que ello pudo deberse a que, tras la chuleta en el trasero, comenzó a llorar, pero el bullicio a su alrededor impedía que le prestaran atención y esto, al parecer, de ninguna manera lo podía tolerar.

Como primer hijo de una familia de la alta burguesía, siempre dispuso de profesionales contratados que estaban muy pendientes de sus necesidades. Los padres apenas tenían tiempo para atender las demandas de su vástago. Así que se crió con unas figuras del apego algo debilitadas y, por tanto, sin el apoyo emocional necesario. Juguetes por todas partes, toda la variedad de alimentos que pueda imaginarse, armarios con ropas y calzados en abundancia. Como no tenía ninguna restricción a la vista, fue un niño caprichoso, pero, por otra parte, el hecho de poder elegir entre multitud de opciones, le creó cierta inseguridad que, a su vez, le llevaba a cambiar de parecer con cierta frecuencia.

Cuando estaba próximo a cumplir los tres años y medio, nacieron dos gemelos mellizos. Uno murió a los pocos días, el otro sobrevivió. Ahora eran dos; tenía un competidor con quien luchar por la atención continuada del personal a su servicio y por los cortos espacios de tiempo que les dedicaban sus progenitores.

La competencia fue nula. Desde el primer momento, el nuevo inquilino supo cuál era su rol: subordinarse por su propio bien a los deseos y apetencias de V. Además, con su actitud sumisa, tenía la ventaja de que el hermano mayor se preocupaba por su

bienestar, ya que no suponía ningún peligro para el estatus privilegiado de aquel y, por ende, no lo consideraba un enemigo.

El comportamiento manifestado en el hogar tuvo su continuidad, con ciertos ajustes, en la escuela. En este ámbito, V, sobre todo a partir de segundo de primaria, estuvo al tanto de tener unos cuantos compañeros que secundaran las actuaciones que llevaba a cabo cuando el profesorado no estaba presente. Si se reía de alguna compañera porque llevaba gafas, si insultaba a alguien porque no le caía bien, si escondía las tizas de la pizarra, si tiraba al suelo los libros y cuadernos de algún compañero, estos hacían lo propio, pero con más escarnio para la víctima.

ADOLESCENCIA Y JUVENTUD

V se encaprichó de una morena de su clase cuando contaba catorce años. Fue un amor no correspondido, a pesar de los intentos continuos de acercamiento hacia ella. Al final, como sus pretensiones se vieron defraudadas, terminó odiándola. La chica sufrió su venganza el resto del curso escolar. Sin embargo, tuvo suerte porque, al año siguiente, nuestro protagonista pretendió conquistar a otra compañera y, junto con los de su camarilla, dejó de molestar a la anterior. El lector notará que no hablo de enamoramiento, sino de apropiación. Al no dejarse adquirir, fueron tan despiadadas las acciones que llevaron a cabo con esta última muchacha que tuvo un intento de suicidio. A partir de este hecho, la familia presentó denuncias por un acoso tan brutal y tan prolongado. El poder de la familia de V se puso claramente de manifiesto en la solución tomada: la víctima tuvo que cambiar de colegio y el muchacho ni siquiera sufrió una expulsión temporal del mismo.

El narcisismo del joven, con los años, manifestó una progresión casi geométrica. Su vanidad no tenía límites. Los demás solo formaban parte del paisaje, el era el centro.

ADULTEZ

V trabajó primero como jefe del departamento de ventas de una gran empresa de armamento donde la familia era el socio mayoritario y luego pasó a ser presidente de la misma. Aumentó las inversiones de la familia en distintos campos económicos, tuvo serios problemas con el fisco, pero, como trabajaba para él el mejor gabinete de abogados del país, salió bien parado de casi todos ellos.

Su hermano, que había enfocado su vocación profesional en el ejército, tras un periodo largo de formación y varios años participando en los continuos conflictos

internacionales en los que se veía involucrada su poderosa nación, fue avanzando en la escala militar hasta llegar a ser un alto mando de las fuerzas armadas. Murió en un accidente de aviación a los cincuenta y dos años de edad.

VEJEZ

V se encontraba en los primeros puestos de riqueza del mundo. Había amasado una fortuna inmensa. Todavía quería más poder. Había triunfado en todo lo que se había propuesto. Él y solo él merecía ser el más grande.

Se presentó a las elecciones presidenciales. Invirtió una parte de su patrimonio en la carrera electoral. Tras una larga campaña, su partido alcanzó la máxima representación. Una de sus promesas era que acabaría con las corrientes migratorias que pretendían entrar en el país. Buena parte de la gran masa de emigrantes que ya llevaban tiempo en el interior votaron al candidato porque de esta manera, pensaban, ellos estarían más seguros y tendrían más oportunidades de trabajo y de bienestar. Nada más lejos de la realidad. Tan pronto como llegó al poder, sin ni siquiera tomarse la molestia de consultar a los congresistas y senadores, ordenó la evacuación de miles y miles de estas personas que fueron reenviadas a sus países de origen si estos se habían comprometido a acogerlos; en caso negativo, se les enviaba a las cárceles de un país próximo, donde los presos que lograban sobrevivir lo hacían en unas condiciones infrumanas.

Ateniéndose solamente a sus deseos y, de nuevo, obviando a las cámaras representativas de la nación, se lanzó a intervenir en países extranjeros. Se trataba de conseguir una posición privilegiada en la estructura de la geopolítica mundial. Con ayuda de su gran potencia militar, secuestró a los líderes que los regentaban y nombró a otros que estaban obligados a seguir las directrices dictadas por su gobierno. Ofrecía sumas de dinero para quedarse con parte de otros países y, si no accedían, sometía a sus poblaciones a un duro castigo castrense. Las leyes internacionales aprobadas por consenso quedaron en papel mojado.

Nadie podía hacerle frente. Era el dueño del mundo. Su egolatría alcanzó un punto tan álgido que en las entrevistas y mitines aseveraba que había venido al mundo por mandato divino. En algún momento, llegó a pensar que era el mismísimo Dios. Se había adueñado de todo lo que había codiciado y anhelado. Solo le faltaba apropiarse de sí mismo.

Tras consultar a los miembros de su gobierno, estos, por instinto de conservación, se limitaban a asentir y reafirmar sus argumentos, decidió que solo en la eternidad podría

lograr la conquista definitiva de sí mismo. En su maquiavélica mente se instauró la idea de que únicamente dispondría de un intento para conseguir tal propósito. Si fallaba, nunca podría apoderarse de sí mismo. Y esto tendría catastróficas consecuencias para él y para el mundo, por el que tanto había luchado. Así que...

Elige un final.

PRIMER FINAL

Descendió al garaje de su mansión, cerró las ventanas a cal y canto, puso en marcha los tres automóviles de su propiedad que allí aparcaba, se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared y esperó, con un ejemplar de su biografía recientemente publicado, la llegada del dulce final.

SEGUNDO FINAL

La muerte por inhalación de monóxido de carbono no se produjo por falta de tiempo. Escuchó una fuerte explosión cuando apenas había abierto el libro. Un misil ultrasónico de última generación había impactado en su suntuosa residencia. No le importó que los militares que le rodeaban arrojaran su biografía al fuego; sin embargo, se sintió muy apenado porque las vísceras de sus perros habían saltado por los aires. Acabó sus días en un presidio de alta seguridad.

TERCER FINAL

Su biografía nunca llegó a publicarse. Salió al jardín con un explosivo teledirigido en la mano. Presionó en “on” y lo tiró hacia arriba. En el último instante quiso cambiar de idea; ya no le interesaba la eternidad ni conquistarse a sí mismo. Echó a correr como alma que lleva el diablo, pero ya era demasiado tarde; el artefacto lo persiguió hasta dar con sus huesos. Tras el estampido, V, agotado por el esfuerzo, simplemente acertó a murmurar: ¡Ay!

“Relatos sin sordina” (2006 -)